

Capítulo 2

Comportamientos electorales: voto sincero y voto estratégico

Los sistemas políticos elegidos (Francia, Alemania, Gran Bretaña, Italia y Estados Unidos) presentan una gran variedad de sistemas electorales. Obviamente fueron elegidos para garantizar que el análisis permita una comparación amplia y cualitativamente casi omnicompreensiva. De hecho, algunos análisis comparados (por ejemplo Lijphart 1994; véase también el capítulo muy inteligente y cabal de Torrens 1996) que juntan lo sistemas electorales —discriminando además, casi exclusivamente, en base a la fórmula de repartición de votos en bancas—, no consiguen poner en evidencia las peculiaridades de cada sistema electoral que, en muchos casos, tienen importantes diferencias tanto en las cimas, es decir en las modalidades de formación de opinión por parte del elector, como en los valles, esto es en los efectos que tienen en los partidos, en sus alianzas electorales y en los parlamentos. Agrego que las modalidades con las que se vota en los regímenes democráticos implican una serie de efectos. Naturalmente tienen una notable incidencia en los partidos y en los sistemas de partido, desde siempre un “lugar clásico” del análisis politológico, y producen consecuencias no solamente en la formación de los parlamentos, sino también, más o menos directamente, en la formación de los gobiernos. La expresión del voto, a su vez, está influenciada tanto por el sistema de partidos como por el sistema electoral adoptado en cada uno de los sistemas políticos. Juntar de manera precisa y convincente todos estos elementos no es simple, pero este debe ser el objetivo de un análisis comparado que se proponga iluminar completamente las semejanzas y las diferencias entre los sistemas políticos y explicar su funcionamiento, persistencia y transformación.

Oferta de los partidos y respuesta de los electores

El voto de cada elector nunca consiste, como debería estar claro desde hace tiempo, en una simple decisión que el elector toma en un más o menos espléndido aislamiento con referencia a algunos, pocos elementos en particular, según la versión más simplista y por lo tanto muy difundida de esta interpretación, con exclusiva referencia a los programas. Algunas veces los programas importan; más a menudo, incluso en mayor medida, importan otros elementos. Desde hace poco, por ejemplo, cayendo en otra vaga y terrible simplificación, se sostiene que las personas importan, en otras palabras que incluso podrían hacer diferencia, y se funda en esta banal afirmación una presunta teoría de la personalización de la política, con referencia no a las cualidades políticas sino, lo diré en inglés, al *sex appeal*, a la apariencia física, al aspecto. En la teorización de los determinantes del voto que ha sido formulada hace medio siglo en los Estados Unidos (Campbell, Converse, Miller y Stokes 1966; en relación a ese punto véase también Campus 2000, pp. 51-58) se ofrece una batería de elementos, diversamente combinables con cambiantes órdenes de importancia, que son:

- la identificación con un partido;
- las temáticas salientes;
- la personalidad de los candidatos.

Sin querer de ningún modo afirmar que es necesario tener tipologías de voto distintas dependiendo de los sistemas políticos, en Italia ha demostrado su útil capacidad interpretativa y explicativa la tipología basada en tres tipos de voto: pertenencia, opinión e intercambio (Parisi y Pasquino 1977; Parisi 1995). De hecho sabemos, pero muchos autores y comentaristas parecen haberlo olvidado, que el voto, preferentemente, es una respuesta del elector a la oferta que le es hecha por los candidatos, partidos y coaliciones en el curso de la campaña electoral.

Pero la naturaleza de la oferta es mucho más amplia y compleja que, como se considera a menudo, un paquete, más o menos común y claro, de políticas públicas. Y la naturaleza de la respuesta no es simplemente la elección de ese paquete específico de políticas públicas que, basándose en sus preferencias, el elector considera el mejor. Es probable que el elector evalúe también la credibilidad de quien ofrece, en base a experiencias precedentes, tal vez de gobierno: el así llamado *voto retrospectivo*, la capacidad de traducir concretamente esa oferta en políticas públicas, sin demasiadas distorsiones debidas, por ejemplo, a la eventual necesi-

dad que tiene un gobierno de coalición de llegar a determinados compromisos, la confiabilidad de quien promete: el *voto prospectivo* (Fiorina 1981), etc. La respuesta del elector puede estar influenciada por su conocimiento del sistema electoral, vale decir por el mecanismo que unirá y traducirá todos los votos, incluso el suyo, en bancas. Naturalmente, también los candidatos y los dirigentes de los partidos tendrán en cuenta, en los límites de sus conocimientos e ideología, el mecanismo electoral y explotarán los mecanismos para animar al lector a que vote a sus candidatos y a sus partidos y para desanimarlos para que no vote por los candidatos y los partidos adversarios (sobre ese punto es óptimo el análisis de Cox 1997). Las modalidades de coordinación de la oferta de los candidatos y los partidos con las modalidades de persuasión de los electores varían tanto según los sistemas electorales como en referencia al sistema de partidos y las eventuales colaciones, como así también en base a la disponibilidad de los electores a tener en cuenta las indicaciones de los partidos.

Generalmente, gran parte de esta temática aparece bajo la etiqueta general de *voto sincero/voto estratégico*, o táctico. Aquí privilegiaré el término "estratégico", ya que el objetivo a que aspiro forma parte de una estrategia con muchas etapas y no un único, limitado movimiento. La distinción "sincero/estratégico" parece relativamente simple, pero merece mucha cautela y más de una precisión (una profunda discusión y una clara formalización se encuentran en Dummett 1997). Cada vez que, sin plantearse ningún problema particular y prescindiendo de cualquier otra consideración, el elector se inclina a votar por el candidato y/o el partido preferido, entonces su voto deberá considerarse *sincero*. Cuando el elector, en cambio, decida votar no por el candidato y/o el partido preferido, sino por otro candidato y/o partido, por ejemplo, porque le resultan menos perjudiciales, o bien por una suma de motivaciones que pueden combinarse y superponerse, porque persigue otro objetivo, por ejemplo, quiera votar por el candidato que ya considera ganador, apunte a garantizar a un determinado partido representación en el parlamento, pretenda expresar así su disenso, desee mantener viva a una fuerza política de modo que pueda contar en la formulación de las políticas públicas, etc., entonces se hablará de *voto estratégico*.

— Pero con este modo de plantear la alternativa "sincero o estratégico" algo se pierde, porque parecería que, de manera absolutamente autónoma, es el elector quien decide utilizar su voto "sincero" o "estratégicamente". En cambio, sabemos que los candidatos y los partidos intervienen activamente en el intento de plasmar las opciones de voto y de en-

Voto
Sincero

Voto
estratégico

Gianfranco Pasquino

→ con los propios partidos/candidatos, sirven
ofrecen la "Estrategia del voto"
al elector.

cauzar a los electores hacia la utilización estratégica de su voto. Candidatos y partidos consiguen los resultados deseados cuando interpretan mejor los mecanismos electorales y saben proceder, como sostienen algunos estudiosos (especialmente, con mayor rigor y fantasía que otros, Cox 1997), coordinando con declaraciones y acciones los comportamientos de amplios grupos de electores. Naturalmente, algunos sistemas electorales se prestan mejor que otros al uso estratégico del voto, pero en todos los sistemas electorales el voto estratégico sigue siendo una posibilidad practicable y siempre practicada de manera más o menos frecuente y más o menos eficaz.

Según algunos estudiosos el sistema electoral proporcional sería el que menos se presta a la utilización estratégica del voto por parte del elector. Efectivamente, frente a la oferta de un rico menú de partidos que cubren todo el espacio político desde la extrema derecha a la extrema izquierda, parecería improbable que el elector no encontrara un partido que le agrade bastante o mucho y, sabiendo que las bancas se atribuyen proporcionalmente en base a los votos, parecería también improbable que el elector tuviera algún irresistible incentivo para votar por un partido que no fuera el preferido por él. Este es el razonamiento que esgrimen muchos políticos en defensa del sistema proporcional.

Dado que el sistema proporcional permite a los electores expresar un voto sincero, de aprobación y apoyo, éste representa sin distorsiones las verdaderas y profundas preferencias de los electores; por lo tanto es (o mejor, sería), absolutamente, el mejor sistema electoral. Naturalmente, llevada a sus extremas consecuencias, esta interpretación terminaría traduciendo en el slogan "una cabeza, un voto, un partido" (o bien a cada cual su partido, su lista, su grupúsculo) indicando un resultado técnicamente imposible de conseguir. Además, depende mucho de las cláusulas del sistema proporcional —cláusula de representación parlamentaria, amplitud de las circunscripciones, recuperación o no de los remanentes, eventuales premios de mayoría, existencia o no del voto de preferencia— y sabemos que existen muchas variantes de los sistemas electorales proporcionales (pero curiosamente no analizadas hasta ahora de manera sistemática en sus diferencias significativas). Y depende mucho del "juego de coordinación" que los dirigentes de partido efectúan en la práctica o por lo menos intentan desarrollar teniendo en cuenta la maleabilidad de los electores y los partidos. Si como es oportuno concentramos nuestra atención en dos sistemas políticos que han utilizado mecanismos proporcionales, es decir Alemania e Italia hasta la reforma electoral de 1993 —ya que desde entonces el "juego" electoral cambió muy significativa-

siempre
es > <
Nadie,
aparece
el voto
estratégico

EN
SE de
RP
hay
mucho
partido
voto de
voto
estratégico

EL RP
representa
mejor
el
sentimiento
del
electorado

RP
voto
de
preferencia
RP
voto
de
preferencia

mente, abriendo grandes espacios al voto estratégico—, tenemos la posibilidad de formular algunas generalizaciones útiles.

Voto sincero y voto estratégico en dos sistemas proporcionales

En el caso alemán el voto estratégico es facilitado por la disponibilidad efectiva para el elector de dos votos que, no obstante, deben ser expresados en la misma boleta. Subrayo el hecho de la única boleta ya que sabemos que las consecuencias podrían ser distintas si al elector se le entregaran dos boletas por separado. El elector alemán, con una única boleta, elige tanto un candidato para la banca uninominal de su circunscripción entre los indicados en la parte izquierda de la boleta, como un partido entre los símbolos contenidos en la parte derecha, en el ámbito de su específico Land (que comprende, obviamente, muchas circunscripciones). La banca uninominal de todos modos la obtiene el candidato con más votos, incluso si el partido al que ese candidato pertenece no obtuvo ni el cinco por ciento de los votos a escala nacional. Es un caso rarísimo, pero se produjo en las elecciones de septiembre de 2002 con los ex-comunistas (PDS), que obtuvieron dos bancas en Berlín Oriental. La totalidad de las bancas del Bundestag se atribuyen de manera rigurosamente proporcional, con referencia al porcentaje de votos obtenidos en la parte derecha de la boleta (donde aparecen los símbolos de los partidos), a los partidos que hayan superado el umbral del cinco por ciento, o bien a aquellos que no habiendo superado ese umbral hayan visto elegidos a tres de sus candidatos en las bancas uninominales. Las bancas pertenecientes a estos partidos, en el caso que no deja de ser muy raro, por no decir único (hasta ahora se verificó solamente con los ex-comunistas en 1994) de superación sólo de la segunda cláusula, corresponden proporcionalmente al porcentaje de votos obtenidos en la segunda parte de la boleta.

Por lo tanto, a pesar de las opiniones más o menos —diría “menos”— argumentadas con cierta solidez, el sistema electoral alemán pertenece a la categoría de los sistemas proporcionales, y colocarlo, como hacen Shugart, Wattenberg, Scarrow, Klingemann y Wessels (2001) en la variopinta y heterogénea categoría de los sistemas electorales mixtos me parece un grave error. De todos modos, es considerado proporcional por la gran mayoría de los estudiosos. Entre todos, citaré a Max Kaase (1984, p. 160), cuyo capítulo ofrece la mejor descripción y el mejor análisis del sistema alemán: “Cualesquiera sean los elementos mayoritarios, el sistema de representación proporcional personalizada es, sin embargo, un sistema estrictamente proporcional”. Los elementos mayoritarios a los que

hace referencia Kaase son los llamados mandatos sobrantes o excedentes (*Überhangmandate*). Si el número de bancas obtenidas en un Land con el primer voto, el de los colegios uninominales, resulta ser superior al número de las bancas que le corresponderían al partido en base a su voto proporcional nacional, las bancas sobrantes se le asignan de todos modos. Por ejemplo, en 1998 la SPD obtuvo 13 bancas sobrantes (para este y otros útiles detalles, Capoccia 2001), pero en las elecciones precedentes fueron a menudo los democristianos los que sacaron ventaja de las bancas sobrantes.

A este punto de la presentación del sistema electoral alemán es posible individualizar las oportunidades disponibles tanto para el comportamiento estratégico de los electores como para la coordinación efectuada por los dirigentes de partido y las modalidades con las que ha sido explicado (Jesse 1988; Bawn 1999b). De las dos cláusulas para el acceso a la distribución de las bancas —el cinco por ciento de los votos a escala nacional y al menos tres elegidos en los colegios uninominales—, son cláusulas que no tienen influencia alguna, fáciles de superar, que permitan paseos ociosos a candidatos folcloristas y a partidos pequeños, a listas “hágalo usted mismo”. Por el contrario, la primera, el umbral del cinco por ciento, requiere evidentemente la existencia de un partido nacional difundido de manera relativamente equilibrada en el territorio nacional y capaz de presentar muchos candidatos y su símbolo en todos o en casi todos los Länders. La otra cláusula requiere una concentración de consensos, esto es una minoría de cualquier tipo, no sólo política sino también étnica, lingüística, religiosa, con tal que haya una presencia geográfica con emergentes consistentes en algunos colegios. Alemania concretamente ofrece dos ejemplos relativos al funcionamiento de ambas cláusulas que también permiten individualizar y analizar el uso del voto estratégico y de la coordinación de partidos.

El Partido Liberal Alemán (FDP) constantemente ha tenido problemas o en todo caso algunos temores relacionados con su efectiva posibilidad de superar el umbral del cinco por ciento a escala nacional. Por otra parte, siendo un partido nacional aplastado por dos grandes partidos nacionales, el Partido Liberal no podía confiar en las concentraciones de los consensos que le permitieran ganar, es decir, tener para sus candidatos más votos que los candidatos democristianos y socialdemócratas, en tres colegios uninominales. Sin embargo su fuerza electoral y su específica representación de los intereses de una parte de la mediotamaño burguesía industrial lo volvían un partido importante en la formación de las coaliciones de gobierno. De modo que la poderosa Democrazia Cristiana alemana (CDU/CSU), subrayando la importancia de los

liberales como leales aliados del gobierno, cuando era necesario alentaba a una parte de su electorado a que una vez que hubiesen elegido al candidato democristiano en la circunscripción uninominal votaran por la lista de los liberales. A su vez, conscientes de no poder ganar en las circunscripciones uninominales, los liberales retribuían alentando, o bien, por decirlo así, dándoles total libertad a sus electores para que votaran al candidato democristiano, el único capaz de competir con posibilidades de ganar en esas circunscripciones.

Me limitaré a presentar los datos relativos a las elecciones de 1994 y 1998, elegidas porque son significativas desde muchos puntos de vista. Efectivamente, se trata de elecciones en las que también hace su aparición el ex partido comunista de Alemania oriental, en la que llegó a su término la era de Helmut Kohl (1983-1998) y en las que se tiene una alternancia con los Verdes, que asumen por primera vez el gobierno, en coalición con los Socialdemócratas. Como es fácil notar con la Tabla 2.1, tanto en 1994 como en 1998, en ambas elecciones aliados con los democristianos, los liberales obtuvieron más votos en sus listas regionales que con sus candidatos uninominales. Para los democristianos los resultados fueron previsiblemente opuestos. En las mismas elecciones, aliados con los socialdemócratas, los verdes obtuvieron más votos en sus listas regionales que con sus candidatos uninominales, votos que, a juzgar por el desarrollo de los socialdemócratas, deben haber provenido del voto estratégico de los electores socialdemócratas alentados en ese sentido, o bien "coordinados" por las indicaciones de los dirigentes de la SPD.

Tabla 2.1 Primer (por candidatos) y segundo (por listas de partidos) voto en las elecciones de 1994 y 1998.

Partidos	Primer voto 1994	Segundo voto 1994	Primer voto 1998	Segundo voto 1998
SPD	17.966.813 (38.3%)	17.140.354 (36.4%)	21.535.893 (43.8%)	20.178.838 (40.9%)
CDU	17.473.325 (37.2%)	16.089.960 (34.2%)	15.854.215 (32.2%)	14.004.907 (28.4%)
GSU	3.657.627 (7.8%)	3.427.196 (7.3%)	3.602.472 (7.3%)	3.324.325 (6.7%)
FDP	1.558.185 (3.3%)	3.258.407 (6.9%)	1.486.443 (3%)	3.080.662 (6.2%)
Verdi	3.037.902 (6.5%)	3.424.315 (7.3%)	2.448.162 (5%)	3.300.133 (6.7%)
PDS	1.920.420 (4.1%)	2.066.176 (4.4%)	2.416.781 (4.9%)	2.513.788 (5.1%)

Fuente: "Quaderni dell'Osservatorio Elettorale", junio de 1996, n. 35, p. 168; y diciembre de 1999, n. 42, p. 116.

Más complejo resulta el discurso para los ex comunistas del PSD (Partei des Demokratischen Sozialismus), cuyo caso parece de notable interés. Efectivamente, aunque muy difícil, la superación de la cláusula nacional del cinco por ciento, ya en 1994 no resultaba del todo imposible. Por otra parte el PDS no estaba en condiciones de encontrar aliados ni en la izquierda ni en el centro. El SPD no podía permitirse el lujo de una coalición, preventivamente declarada a los electores, con los ex comunistas, y tampoco estaba seguro de que el sacrificio de algún centenar de miles de votos de sus electores fieles habría sido suficiente para impulsar al PDS por encima del cinco por ciento. Por su parte el PDS no podía tener interés en acentuar su disponibilidad a la formación de coaliciones (*Koalitionstfähigkeit*) ya que no encontraba ningún interlocutor ni entre los Verdes ni entre los Socialdemócratas y corría el riesgo, si hubiese sido impulsado mucho más allá, de perder, a la izquierda o con el abstencionismo, importantes franjas de su electorado ex comunista. Sin embargo, por un lado era evidente que el PDS representaba un electorado real, por más que pudiese parecer perjudicial por su pasado, en términos de interés y preferencias; por otro lado era probable que el PDS tuviese un séquito político-electoral suficientemente concentrado como para intentar ganar en algunos colegios uninominales. La diferencia la hicieron los electores de izquierda, obviamente en los colegios uninominales de máxima presencia de la *ex-nomenklatura* comunista, de sus familias, del núcleo duro de sus sostenedores, vale decir en Berlín Oriental, votando, seguramente, en parte de manera sincera, pero en parte también de manera estratégica, por dos razones. La primera razón es que el candidato del PDS resultaba estar mejor ubicado, incluso que el candidato de los socialdemócratas, en algunos colegios uninominales, para derrotar al candidato democristiano. La segunda razón era que exclusivamente la conquista de al menos tres colegios uninominales (al realizar el conteo de los votos resultaron ser cuatro) hubiera permitido al PDS entrar en el Bundestag.

Los datos sugieren que por fuerza de las cosas, más precisamente por el aislamiento condicional y por la necesidad de apoyarse en ambos tipos de voto, los electores que eligieron al PDS votaron de un modo sincero, y que, por lo tanto, el aporte de los electores de otros partidos, en particular de los socialdemócratas, se vio sustancialmente limitado (lo que no significa no influyente). Sin embargo, en 1998, esos casi más de cien mil electores, en la lista proporcional hicieron la diferencia, permitiendo la superación del umbral del cinco por ciento. En ambas elecciones, la de 1994 y 1998, la diferencia entra la suma de los votos uninominales y la suma de los votos de las listas regionales se vio extraordinariamente con-

tenida: respectivamente, en 1994, 1.920.420 uninominal (4,1 por ciento), 2.066.176 proporcional (4,4 por ciento); en 1998 2.416.781 uninominal (4,9 por ciento), 2.513.788 proporcional (5,1 por ciento). El resultado fue significativamente distinto porque en 1994 los ex-comunistas entraron en el Bundestag gracias a la victoria en cuatro colegios uninominales de Berlín Oriental, pero con un número de bancas, 30, que eran el resultado del porcentaje de los votos obtenidos en las listas regionales. En 1998, habiendo, aunque por poco, superado la cláusula nacional del cinco por ciento, consiguieron conquistar 35 bancas (y de todos modos, también en estas elecciones, una parte del electorado hizo uso del voto estratégico: Bawm 1999a).

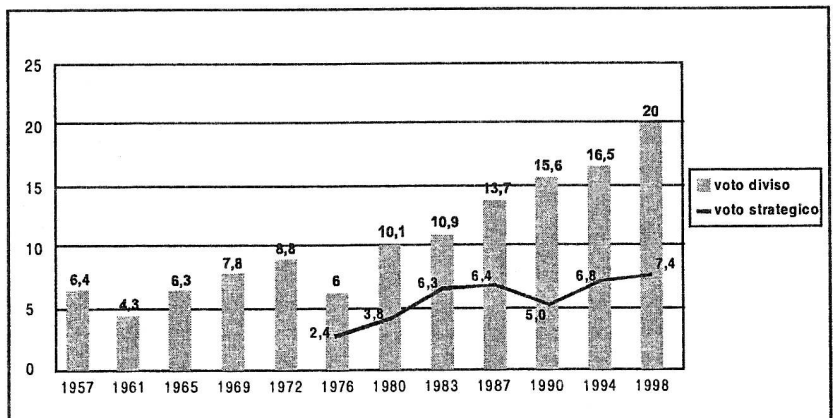
En general el voto estratégico funciona bien cuando atañe específicamente a la representación política y parlamentaria, de intereses y preferencias, en una perspectiva de gobierno. Para los Verdes y los Liberales ese voto es crucial para evitar no entrar al Parlamento. Con este fin ambos aprendieron que deben pagar el precio, por otra parte no tan elevado, pero comprometedor, de una preventiva declaración de alianza de gobierno. Para los electores atentos e informados que "sinceramente" estarían inclinados a votar por democristianos o socialdemócratas, el voto estratégico constituye una respuesta de aprobación a la propuesta de alianza política formulada por los dirigentes de sus partidos, por motivación de los cuales, obviamente, la explicación de fondo todavía es más simple. Los dirigentes de la CDU/CSU consideran a los Liberales importantes y sustancialmente decisivos aliados de gobierno y justifican su invitación a los electores democristianos de votar por las listas liberales con un explícito y predefinido pacto de gobierno con los dirigentes del Partido Liberal. Por su parte, los Liberales honran este pacto y le dan un carácter preferencial para un eventual acuerdo (que, en efecto, hubo entre 1969 y 1982) con los socialdemócratas porque, primero, una alianza con el SPD constituía un esfuerzo para muchos sectores liberales del electorado, segundo porque, por la naturaleza (socialdemócratas y liberales habitualmente son alternativos), la ubicación (la distancia política entre socialdemócratas y liberales es más grande que la existente entre liberales y democristianos), la fuerza de su electorado (en Alemania los democristianos habitualmente han sido más fuertes que la SPD y, en algunas regiones, como Baviera, mucho más fuertes, por lo tanto más confiables en el desvío de los votos), los socialdemócratas resultaban menos capaces de orientar el voto estratégico de un número suficiente de sus electores a favor de las listas liberales.

En cuanto a los socialdemócratas, dada la imposibilidad de aliarse con los liberales, después del vuelco de septiembre-octubre de 1982,

cuando los Liberales se unieron a los Democristianos para desalentar “constructivamente” al Canciller socialdemócrata Helmut Schmidt, una alianza rojo-verde, gracias al crecimiento electoral y a la reorientación política de los Verdes, se volvía no solamente plausible y necesaria, sino, como lo han demostrado los resultados de 1998, también ganadora. Para la estipulación de aquella alianza era entonces útil, o mejor dicho fecundo, en vista de la conquista del poder de gobernar, cederles a los Verdes votos decisivos que a los socialdemócratas, si se hubiesen mantenido en la oposición, les hubieran servido de muy poco. La cantidad porcentual general del voto estratégico nunca fue muy conspicua, como se ve en la Figura 2.1, pero seguramente consiguió un doble fin: “salvar” a Liberales y Verdes y cimentar las coaliciones del gobierno alemán.

Esta sintética, pero creo que satisfactoria, profundización sobre el uso del voto estratégico en Alemania, sugiere que esa modalidad de voto cubre incluso todo el trayecto que va de la opción del voto que se forman los ciudadanos, teniendo en cuenta la apuesta hecha por los partidos, la “coordinación” del voto que los dirigentes de los distintos partidos tratan de efectuar preanunciando sus preferencias y sus proyectos de coalición, la consecución de la representación parlamentaria a la formación de coaliciones de gobierno que, de algún modo, pasaron a la verificación de las valoraciones del electorado y se consideran “legitimadas”, depositarias de un mandato. Naturalmente, mucho de esto, no todo, está favorecido y facilitado por la existencia en el sistema electoral alemán de un doble voto y de una doble cláusula para el acceso a la representación parlamentaria.

Figura 2.1 Voto dividido y voto estratégico de coalición en las elecciones en Alemania de 1957 a 1998. Fuente: Klingemann y Wessels (2001, p. 288).



¿Se puede hablar de voto estratégico también en un sistema electoral proporcional de tipo distinto al alemán, como fue el italiano hasta las elecciones de 1994, excluído? A pesar de la disponibilidad para cambiar los comportamientos electorales, vale decir elegir un partido distinto entre una elección y otra, cosa que nunca faltó entre los ciudadanos italianos, aunque los porcentajes que relevan la existencia de movilidad electoral han tenido procesos diversificados en las numerosas elecciones de la primera República (Corbetta, Parisi y Schadee 1988), en Italia el voto estratégico no fue facilitado por el tipo de representación proporcional utilizada y relativamente tuvo pocas oportunidades políticas para manifestarse.

Sobre todo existían dos umbrales para el acceso al parlamento que debían ser superados:

- vale decir, un partido debía obtener al menos 300 mil votos a escala nacional (incidentalmente, con referencia a las repetidas propuestas de elevar más allá de las 500 mil firmas el número de los suscriptores de un referéndum, nunca se oyeron críticas, por parte de los partidos, a este número absoluto, igualmente fijado en los años cuarenta);
- y haber “hecho la división”, es decir, haber conseguido elegir un diputado en una circunscripción, resultado únicamente posible disponiendo de una aprobación electoral concentrada de alrededor de 65 mil electores.

Estos dos umbrales no fueron de poca influencia. Efectivamente, acabaron regularmente con un número extraordinariamente elevado, que gira en torno al centenar, de listas y partidos, por lo general ocasionales, pero golpeó, como ya veremos, blancos más grandes.

En segundo lugar, la distribución de las bancas tenía lugar en 32 circunscripciones bastante grandes —son consideradas tales aquellas en las que son elegidos más de quince diputados—; pero, tercera característica, estaba prevista la recuperación a escala nacional del resto. vale decir, los votos no utilizados para elegir diputados en las distintas circunscripciones. Finalmente, el elector podía también emitir su o sus preferencias por los candidatos en el ámbito de la lista del partido elegido hasta tres o cuatro, dependiendo de las dimensiones de la circunscripción. La variante alemana del sistema proporcional es llamada “personalizada”. Para perseguir un objetivo similar, es decir, permitir que el elector mitigue el superpoder de los dirigentes nacionales de los partidos definiendo la lista de los candidatos, la variante italiana tenía el voto de preferencia. Los efectos del voto de preferencia fueron bastante criticados porque, en

sustancia, sustituyeron el poder de los dirigentes nacionales de los partidos no con el de los ciudadanos sino con el de los jefes de líneas internas, e introdujeron una especie de Caballo de Troya para la corrupción política. De hecho, era una praxis habitual para algunos grupos de interés aprovechar el voto de preferencia financiando las campañas de algunas corrientes y de algunos candidatos para obtener a cambio decisiones locales o nacionales que les fueran favorables. A su vez, para "capturar" los votos de preferencia indispensables, muchísimos candidatos, especialmente aquellos de los partidos en el gobierno, recurrían ampliamente al clientelismo y a la red de relaciones privilegiadas con los grupos de presión (que a su vez debían recompensarlos con decisiones favorables, leyes y decretos).

De todos modos, volviendo al tema del voto sincero/estratégico, en Italia la oferta de los partidos fue siempre lo suficientemente abundante como para no producir ningún incentivo para el elector para que votara de manera estratégica, es decir, con el objetivo de incidir en la configuración misma del sistema de partidos. Ni, por otra parte, los dirigentes de partido tenían la necesidad de estimular este tipo de voto, ya que, obviamente, estaban en primer lugar interesados en aumentar el número de sus votos. Sin embargo al menos en tres ocasiones podemos notar cómo, efectivamente, debe haberse manifestado un comportamiento estratégico por parte de los electores, y en una ocasión podemos notar que la falta de coordinación entre los dirigentes de partido y la subsiguiente invitación al voto estratégico produjo significativas consecuencias negativas. No parece haber dudas de que en 1948, frente al peligro representado por el Frente Popolare (la lista única entre Comunistas y Socialistas bajo el símbolo de Garibaldi), un consistente porcentaje de electores efectuaron una conversión estratégica de los partidos menores a la Democrazia Cristiana, considerada la más capaz de derrotar al Frente Popolare y de plantear un obstáculo insuperable al social-comunismo, para después, en las elecciones sucesivas de 1953, volver a votar a esos partidos menores. El desarrollo del voto democristiano cuenta la parte más importante de esta historia del voto que debe haber tenido un componente "estratégico" consciente. La sintetizo en la Tabla 2.2 y me limito a hacer notar que "saltos" numéricos tan significativos, en el orden de un par de millones de votos, prácticamente no se produjeron nunca más en la historia electoral de la primera República, exceptuando el gran paso adelante de los comunistas en las elecciones de 1976, ampliamente favorecido por la extensión del derecho de voto de los veintiún a los dieciocho años.

Tabla 2.2 Desarrollo del voto a la Democrazia Cristiana 1946, 1948, 1953.

Año	Votos	Porcentaje
1946	8.101.004	35,2
1948	12.741.299	48,5
1953	10.864.282	40,1

También en las elecciones de 1953 puede pensarse que, en cierta medida, haya existido el recurso del voto estratégico. Luego de una muy controvertida reforma electoral, definida por las izquierdas como “ley fraude”, la coalición de los partidos que se hubiesen declarado emparentados y que hubiesen obtenido el 50 por ciento más uno de los votos, habría recibido en conjunto los dos tercios de las bancas parlamentarias con un “premio” de entidad variable, cosa que, teniendo en cuenta los porcentajes de partida de los partidos que se hubieran emparentado, resultaba bastante consistente (para una breve descripción y un análisis de las implicaciones, Pasquino 2002, pp. 174-179). Aún negándose a votar por las izquierdas, cuyo porcentaje general creció poco respecto a 1948, y permaneció inferior al de las elecciones de 1946, los electores contrarios a la ley fraude le dieron casi 600 mil votos a listas pequeñas, como la Unità Popolare (disidentes socialdemócratas y republicanos) y a la Alianza Democratica Nazionale (disidentes liberales), que fueron suficientes como para impedir que la ley funcionase. Es absolutamente seguro que esos electores, habiendo abandonado a los partidos que habían coalicionado con la DC no deseaban ni un reforzamiento de las izquierdas ni, mucho menos, del Partido Comunista; pero es igualmente seguro que no querían renunciar a la fórmula electoral proporcional. Por lo tanto su voto puede ser considerado estratégico. Es aún más interesante hacer notar que un fenómeno de voto estratégico se produjo efectivamente en las elecciones de 1976, que habían sido anunciadas como las elecciones del avance del PC sobre la DC. En cambio la DC se mantuvo, no obstante el impetuoso crecimiento del PC, que pasó del 27,2 al 34,4 por ciento, de 9.072.454 a 12.622.728 votos, y el avance no se dio. Sin embargo, el papel de la DC fue posible, una vez más —después de las elecciones, por ciertos motivos, entre ellos la particular “amenaza” comunista, no disímiles a 1948—, gracias a la conversión estratégica sobre sus listas de electores que, de otro modo, si el peligro del avance no hubiese

sido claro e inminente, hubieran votado por los partidos menores. En cierto sentido el más eficaz propagandista del voto estratégico fue el famoso periodista Indro Montanelli, director entonces de "Il Giornale", que invitó a sus lectores a "taparse la nariz" y votar a la Democrazia Cristiana. La prueba de que este llamado al voto estratégico consiguió su objetivo se encuentra en el desarrollo del voto por la DC y los partidos menores en Lombardía y particularmente en Milán, la región de mayor lectura y de presumible mayor influencia de "Il Giornale". Tal vez se podría concluir diciendo que el elector estratégico se tapa la nariz pero tiene los ojos bien abiertos (teniendo en cuenta las consecuencias de su voto).

El caso, en cierto sentido dramático, en que faltó la coordinación de los electores organizada por los dirigentes de partido, que hubieran podido incentivar un eficaz voto estratégico, está constituido por la fracasada obtención de un porcentaje electoral para el Partito Socialista Italiano de Unidad Proletaria en las elecciones de 1972. A escala nacional el PSIUP obtuvo 648.763 votos (1,9 por ciento) y por lo tanto superó abundantemente el primero de los dos umbrales que el sistema electoral italiano interponía para el acceso al Parlamento. Lamentablemente, por decirlo así, el PSIUP era verdaderamente un partido nacional y no disponía de un número electoral concentrado especialmente en una circunscripción. Aun cuando hubiesen presentado candidatos comunes al Senado, ni los dirigentes comunistas ni los dirigentes del PSIUP pensaron que era necesario algún tipo de acuerdo con la Cámara. Este acuerdo, aunque implícito, habría debido traducirse en el requerimiento hecho por dirigentes y organizadores comunistas a un grupo específico, confiable y conspicuo, de militantes que hicieran converger estratégicamente los votos a la lista del PSIUP en la circunscripción en la que el PSIUP parecía más fuerte, y por lo tanto más cercano a la obtención del porcentaje. Gracias a la presencia en la lista de Lucio Libertini, uno de sus líderes históricos, el PSIUP llegó muy cerca al porcentaje en la circunscripción Catania-Messina-Siracusa-Ragusa-Enna (donde cuatro años antes había "hecho" quórum y elegido un diputado), pero no lo hizo casi por mil votos. Por consiguiente, no sólo el partido no obtuvo ninguna representación en la Cámara de Diputados, y casi inmediatamente después se disolvió confluendo en el PCI, sino que su fracasado ingreso al Parlamento, unido a una notable dispersión del voto a la izquierda en tres/cuatro listas — Movimento Politico dei Lavoratori, Il Manifesto, Partito Comunista Marxista-leninista y, aunque presente en pocas circunscripciones, Stella Rossa (Caciagli y Spreafico 1975)— permitió que estas elecciones fueran interpretadas como un giro a la derecha que en el electorado no se había

dado, pero que desde el punto de vista de los números parlamentarios efectivamente se había producido.

El voto estratégico en los sistemas mayoritarios

Si podemos verificar que en un sistema electoral proporcional en el que el elector dispone de un solo voto su comportamiento estratégico es objetivamente más difícil y raro, resulta muy probable que una conclusión similar resulte válida también para el comportamiento de los electores en los sistemas políticos que utilizan sistemas electorales mayoritarios de un turno electoral (vuelta única) aplicados en circunscripciones uninominales. Al menos en teoría, el imperativo principal debería ser, hacer ganar al candidato preferido, por lo tanto votarlo, ya que si es donde la banca la gana el candidato que obtiene más votos, incluso solo uno puede hacer diferencia.

Dos de los sistemas políticos que son objeto de nuestro análisis comparado utilizan el sistema que de ahora en más llamaremos mayoritario uninominal: Gran Bretaña y Estados Unidos. Aunque difícil y raro, el comportamiento estratégico del elector no está del todo ausente en Gran Bretaña, mientras que por razones que explicaremos más adelante parece decididamente menos probable y poco frecuente en el contexto estadounidense. Según numerosos estudiosos, el comportamiento estratégico de los electores británicos es el responsable de la estructuración del sistema de partidos como lo conocemos hoy y en sus transformaciones (vale decir, en sus distintas "re-alineaciones" en el curso del tiempo). El razonamiento es relativamente simple y sirve también para explicar por qué el mayoritario uninominal puede, en determinadas condiciones, conducir a un sistema bipartidista.

En el mayoritario uninominal, en cada colegio, como es sabido, gana la banca el candidato que obtiene el mayor número de votos. Su éxito también puede producirse por una mayoría de votos que raramente es absoluta y, en cambio, a menudo se consigue con márgenes reducidos/muy reducidos. Que esa mayoría ganadora sea amplia o haya ganado con más amplios márgenes depende también y obviamente del número de candidatos en pugna. En el ejemplo más simple, en una circunscripción con 100 mil electores efectivamente votantes y con diez candidatos, un candidato puede ganar la banca obteniendo solamente 10 mil y un voto, mientras que ocho candidatos podrían haber recibido cada uno 10 mil votos y el último candidato 9.999. Naturalmente, similar situación/distribución de votos está destinada a durar muy poco tiempo, tal vez el

espacio de otra elección, dos como máximo, aunque en el ejemplo numérico elegido es difícil decir cuales son los candidatos que renunciarán y cuáles son los que serán abandonados por sus electores. Naturalmente dependerá mucho de los dirigentes de los partidos (y del tipo de partidos), especialmente de su propensión-voluntad para establecer alianzas que vayan más allá del estrecho horizonte de un solo colegio uninominal. Un ejemplo numérico más cercano a la realidad podría ser aquel en el cual, siguiendo con la existencia de cien mil votantes, los candidatos son cinco. Gana quien obtiene 30 mil votos, y los otros candidatos obtienen respectivamente 25, 20, 15 y 10 mil votos. En la eventual reducción a dos de los números de candidatos que entran/permanecen en pugna, rarísima, por otra parte, juegan muchos factores, entre los cuales se encuentra el costo de las campañas electorales y la caución/depósito para presentar la candidatura, y, naturalmente, la afinidad política entre algunos candidatos. Sin embargo es probable que en una breve secuencia de consultas electorales los electores abandonen a los candidatos seguramente perdedores para orientarse a la elección entre los candidatos menos perjudiciales en el ámbito de aquellos potencialmente ganadores.

A fin de entender las motivaciones del voto estratégico y de su utilización, hay dos únicos factores que asumen una relevancia máxima.

- Por un lado el grado de estructuración del sistema de partidos, que significa la existencia de liderazgos nacionales estables y creíbles que pueden ofrecer la necesaria coordinación, incluso retirando eventualmente sus candidatos en algunas circunscripciones (*factor mecánico*) y dar, tanto a sus candidatos como a sus potenciales electores, una igualmente necesaria confianza en que los pactos serán respetados.
- Por el otro, el así llamado factor psicológico, que impulsa a algunos electores, una vez confirmado el hecho de que su preferido no puede ganar, a votar al candidato menos perjudicial para no perder el voto y para no consentir, o bien para tratar de impedir la victoria de un candidato perjudicial.

Sugerido por primera vez por Duverger (1961, p. 275), el factor psicológico implica que “los electores comprenden que los votos que siguiesen dando al tercer partido serían votos perdidos, cuando la tendencia natural es dárselos al menos malo de los adversarios, a fin de evitar el éxito de aquel que consideran pésimo. Este fenómeno de ‘polarización’ actúa en perjuicio del nuevo partido mientras éste es el más débil, pero se dirige contra el menos favorito de los viejos partidos apenas el nuevo lo sobrepasa, como el fenómeno de ‘sub-representación’”.

En el contexto británico al cual, abiertamente, se adapta la dinámica descrita por Duverger, se debe notar que siempre existió un porcentaje no marginal de electores, a menudo superior al 10, y en las últimas tres elecciones nacionales cercana al 20 por ciento, que ha seguido votando por el Partido Liberal, desde que a comienzos del siglo pasado fue “sobrepasado” por los Laboristas, aun sabiendo que los Liberales no habrían podido vencer las elecciones nacionales, aunque hubiera podido ganar un cierto número de bancas. Sin embargo, recientemente, frente al superpoder de los Conservadores, victoriosos en cuatro elecciones nacionales consecutivas, de 1979 a 1992, un cierto número de electores, liberales y laboristas practicó el voto estratégico tanto en las elecciones de 1997, que presenciaron la conspicua victoria del New Labour de Tony Blair, como en las elecciones de 2001, que le confirieron un segundo mandato al Primer ministro en funciones. Donde el candidato laborista no puede ganar, pero el liberal sí, muchos electores potencialmente laboristas efectúan su conversión hacia el liberalismo para contribuir a la derrota del candidato conservador, del mismo modo que en un colegio en el que laboristas y conservadores están en equilibrio los liberales deciden apoyar al laborista en base a la lógica indicada, pero también, tácitamente, para “corresponder”. Cuanto más “competitiva” es la elección, es decir, cuanto más abierta es la pluralidad de resultados, y cuanto más cerca en términos de consenso electoral están los candidatos, más es previsible que al menos una parte de los electores cuyo candidato preferido no está en condiciones de ganar hagan uso del voto estratégico convergiendo hacia el menos perjudicial de los dos potenciales ganadores.

La estructuración (o bien, según algunos, la no estructuración) del sistema de partidos de los Estados Unidos volvería absolutamente únicas a la mayor parte de las elecciones para la Cámara de los Representantes y del Senado. Por otra parte, el efecto de coordinación del senado por parte de los líderes de los dos grandes partidos parecería todavía más improbable, ya que muy a menudo son factores locales, a veces importantes, los que dominan en las reflexiones/consideraciones de los electores. A propósito es muy citada la afirmación de Tip O'Neill, famoso y longevo (1977-1987) Speaker democrático de la Cámara de los Representantes: “all politics is local politics”. En general hubo muy pocos terceros partidos o terceros candidatos con alguna oportunidad de ganar en las elecciones estadounidenses en los distintos niveles. De modo que el voto estratégico no debería tener gran espacio en el sistema político estadounidense. Esta conclusión, que es difícil no compartir, es exceptuada por al menos una importante “arena”, la de las primarias, especialmente,

pero no sólo, las primarias para la designación del candidato a Presidente. Es claro, o al menos posible, que en las elecciones primarias para la designación del candidato a la Cámara de los Representantes o al Senado, esos electores, a menudo verdaderos activistas, que habitualmente están mejor informados y más interesados en la política que los electores en las elecciones propiamente dichas, elijan no necesariamente su candidato preferido, sino aquel que como desafiante tiene mayores posibilidades de derrotar al candidato del partido adversario. Por lo tanto se puede prever que elijan votar de manera estratégica. Este fenómeno está aún más difundido en el curso de las elecciones primarias presidenciales. De hecho, a menudo, los electores, tal vez porque muchos de ellos son "activistas", es decir, como ya se ha dicho, están más interesados, mejor informados y en cierto sentido incluso son más ideológicos, pero también, a menudo, aunque no siempre (como cuando en 1964 los republicanos eligieron al senador de Arizona, Barry Goldwater, mucho más a la derecha incluso que el elector republicano medio, o como cuando los demócratas eligieron en 1972 al senador de Montana George McGovern, notoriamente demasiado a la izquierda para la mayor parte de los electores) decididamente más orientados a ganar más que a dar testimonio, pueden encontrarse sin el candidato preferido, desde el principio o desde que las elecciones primarias hayan impuesto una primera clara selección en el abanico de pretendientes, y ser obligados tanto a individualizar al candidato menos perjudicial (también en plural), como a evaluar quién entre los candidatos menos perjudiciales podrá efectivamente ganar, pueden encontrarse sin el candidato preferido, desde el principio o desde que las elecciones primarias hayan impuesto una primera clara selección en el abanico de pretendientes, y estar obligados tanto a individualizar al candidato menos perjudicial (también en plural) como a evaluar quién, entre los candidatos menos perjudiciales, podrá efectivamente ganar. En este caso el voto estratégico podría estar orientado, sobre todo, a hacer perder al candidato más perjudicial, e inmediatamente después a tratar de hacer ganar la *nomination* al candidato menos perjudicial. Algunas veces, pero raramente, el juego de coordinación es conducido por los dirigentes, sobre todo locales, de los partidos; algunas veces, más a menudo, son los mismos candidatos derrotados los que sugieren a sus potenciales electores que converjan sobre el candidato que se mantiene en pugna que, al mismo tiempo, sea el menos perjudicial y tenga posibilidades concretas de victoria.

En síntesis, entonces, el voto estratégico, como ha sido demostrado, de distinta manera, tanto en el caso británico como en el de Estados

Unidos, es posible incluso allí donde el sistema electoral es mayoritario a vuelta única. Es posible, es practicable y efectivamente se pone en práctica. Nótese que en los Estados Unidos existen dos condiciones que facilitan su práctica. En el caso de elecciones primarias para la candidatura a la Cámara de los Representantes y al Senado a menudo se requiere una victoria con mayoría absoluta, caso contrario se procede al *ballotage*. Por lo tanto electores y candidatos adquieren importante información de la primera vuelta de votaciones efectuadas con la presencia de una pluralidad de candidatos y tienen mayores oportunidades de ejercer/coordinar el voto estratégico. En el caso de las elecciones primarias presidenciales, el procedimiento, por decirlo así, es interactivo y secuencial, se repite, con importantes variaciones, en el tiempo, en una secuencia de contextos, un Estado después de otro, dando vida a fenómenos de aprendizaje y de coordinación que se suceden y que permiten a los electores y a los candidatos de apelar, con conocimiento de causa, al voto estratégico, y de utilizarlo de manera adecuada.

Desde hace algún tiempo sabemos que la mejor situación en la que ejercer, por parte de los electores, el voto estratégico y practicar, por parte de los dirigentes de partidos, el juego de coordinación, es aquella estructurada por los sistemas electorales a segunda vuelta. Antes de entrar en detalles creo que es oportuno aclarar que pueden existir muchas "segundas vueltas", y aclarar, por consiguiente, cuáles son las variantes y cuáles sus consecuencias. Es interesante agregar que en Francia, en distintas épocas, en efecto fueron aplicadas numerosas variantes de la segunda vuelta con consecuencias electorales, político-prácticas y gubernativas significativamente distintas. Los ejemplos que siguen están extraídos del caso francés.

La primera y más conocida forma de segunda vuelta es la representada por el *ballotage*. A la primera vuelta pueden presentarse tantos candidatos como admite la ley, en base, por ejemplo, a la reunión de un número mínimo, y máximo, de firmas. Pasan a la segunda vuelta *exclusivamente* los dos candidatos que obtienen más votos. En general se da un alto porcentaje de votos sinceros en la primera vuelta, pero, naturalmente, por sus motivaciones, también para la primera vuelta pueden valer las consideraciones relativas al interés de muchos electores por hacer que acceda a la segunda un candidato que, a lo mejor, no es el candidato preferido, pero que es el único con probabilidades de derrotar al candidato más perjudicial. En el *ballotage*, obviamente, una parte de los electores estará obligada a elegir el candidato menos perjudicial entre los dos que quedaron en juego. Probablemente, en esta circunstancia, la modali-

dad del voto sincero estaría mejor expresada con la abstención, pero el voto estratégico conducirá a muchísimos electores a votar, justamente, eligiendo el candidato menos perjudicial. Las elecciones presidenciales francesas del 21 de abril-5 de mayo de 2002 suministraron una extraordinaria cantidad de ejemplos tanto del voto sincero como del voto estratégico (por lo precedente véase la óptima documentación presentada en Bréchon 2002; para el caso específico de 1995, Schlesinger y Schlesinger 1998).

En la primera vuelta, practicando y exacerbando su tradicional tendencia a la fragmentación, los distintos componentes de la izquierda francesa presentaron un alto número de candidatos (tres de ellos trotskistas; dos socialistas; uno comunista, dos verdes). A lo mejor confiados en las encuestas que daban como el más fuerte de los candidatos de la llamada izquierda plural al Primer ministro socialista Lionel Jospin, seguramente el más capaz de pasar al balotaje, los electores de izquierda se manifestaron con el voto sincero: cada uno de ellos votando a su candidato preferido. La consecuencia devastadora fue que Jospin (4.610.749) fue superado por menos de 200 mil votos por el candidato de la extrema derecha Jean-Marie Le Pen (4.805.307) y por lo tanto no pudo acceder al balotaje con el Presidente saliente Jacques Chirac (5.666.440). Ese balotaje fue un clásico ejemplo de voto estratégico, excelente material desde el punto de vista del analista. Efectivamente, para detener a Le Pen, el candidato más perjudicial, xenófobo y racista, los dirigentes de los partidos de izquierda efectuaron una tardía pero indispensable actividad de "coordinación", invitando a los electores a que votaran a Chirac. Adhiriendo a la invitación y aceptando la "coordinación" de sus votos, los electores respondieron de dos modos, ambos "estratégicos". Especialmente una parte de ellos, que no puede ser pasada por alto (el 7,10 por ciento, alrededor de 3.350.000 electores), abandonó el abstencionismo para dirigirse a las urnas. Le Pen de todos modos consiguió obtener una parte, aunque muy pequeña, de los votos de los ex abstencionistas, conquistando en la segunda vuelta apenas 50 mil votos más de la suma de los votos que había obtenido en la primera con los obtenidos por el separatista del Front National, Bruno Mégret. Una parte mucho más conspicua del electorado de izquierda siguió las indicaciones y las invitaciones de sus dirigentes y votó (¿tapándose la nariz?) a Chirac, de modo que el Presidente saliente vio multiplicados casi por cinco sus votos, llegando a 25.540.873 (82,21 por ciento), la mitad de los cuales, grosso modo, eran expresión de electores que pusieron en práctica el comportamiento "estratégico": no tanto a favor de Chirac sino netamente contra Le Pen.

La primera enseñanza, entonces, es que la segunda vuelta, incluso bajo la forma de balotaje, permite de manera muy eficaz y a menudo claramente visible la expresión de un voto estratégico. De paso diré que en la variedad de sistemas electorales actualmente en vigor en Italia se encuentra también la segunda vuelta con balotaje que, con óptimos resultados, se usa para la elección de los intendentes de los municipios superiores a los quince mil habitantes y de los presidentes de las provincias.

Fueron raros los casos en que, consentido y facilitado por la segunda vuelta, el voto estratégico del elector produjo la elección de un candidato que no figuraba primero en la primera vuelta electoral. Fue clamoroso el caso de Bolonia (junio de 1999), cuando la candidata de centro-izquierda, primera después de la primera vuelta, se vio superada y derrotada por un efecto conjunto de pérdida de votos que ya eran "suyos" (alrededor de 7 mil) en la segunda vuelta y, consecuencia segura de la oportunidad ofrecida por la segunda vuelta, por el aumento de los votos de su opositor (alrededor de 3 mil), que sorprendentemente resultó electo (Campos y Pasquino 2000; también Baldini, Corbetta y Vassallo 2000).

En el extremo opuesto del balotaje, es decir, de la reducción a dos de los candidatos en pugna, la segunda vuelta puede organizarse de tal modo que permita la posibilidad para todos los candidatos ya presentes en la primera vuelta de representarse en la segunda y, por lo tanto, la posibilidad para candidatos nuevos de entrar en competencia en la segunda vuelta si no estaban presentes en la primera.

Este sistema podrá parecer muy fantástico, pero ha sido realmente utilizado en la Francia de la Tercera República y tenía una lógica propia, que es legítimo no compartir y criticar, pero no antes de haberla entendido y analizado. Efectivamente, en la primera vuelta los electores veían la pluralidad de los candidatos en pugna, los partidos y los grupos que los apoyaban, y una vez expresados y contados los votos podían evaluar la distribución del consenso electoral en esa circunscripción en particular. Al mismo tiempo cada uno de los candidatos y dirigentes de sus partidos adquirirían información acerca de las preferencias generales y específicas del electorado, en este caso por cierto sinceras (no había ninguna razón para no votar al candidato preferido en una situación en la que todos los candidatos estaban legitimados para pasar a la segunda vuelta), y por consiguiente podían prepararse para la segunda vuelta, que, como ya se dijo, estaba abierta a todos, muy abierta. La coordinación efectuada por los dirigentes partidarios podía, por ejemplo, basarse en renunciias e "insistencias", dependiendo de los contextos y del grado de llamamiento

electoral de los distintos candidatos, además de los eventuales acuerdos a tener en cuenta después, para la formación del gobierno. La izquierda, compleja y fragmentada, a menudo utilizaba la primera vuelta para evaluar el grado de popularidad de muchos de sus candidatos, para después, si resultaban débiles, sustituirlos a todos por un nuevo candidato elegido entre los dirigentes, sobre el que intentar, luego, converger en una particular campaña electoral unitaria, con alguna excepción por parte de los comunistas, todo el electorado de izquierda (dos buenos y detallados análisis de los sistemas electorales franceses, que se refieren a todos los cambios en los detalles importantes y marginales, y que ofrecen apropiados y significativos ejemplos se encuentran en Campbell 1965; y en Cole y Campbell 1989).

Dicho esto, los objetivos perseguidos y en gran medida conseguidos por un sistema electoral a segunda vuelta, incluso prescindiendo de sus cláusulas, son múltiples:

- Mayor información para los electores y mayor poder, ya que, en la segunda vuelta, su voto decide;
- Mejor información, no solamente sobre la popularidad de sus candidatos, sino también sobre la aceptabilidad de las políticas, para aquellos dirigentes de partido que efectúan una obra general de coordinación entre los candidatos de sus partidos y los candidatos de los partidos potencialmente aliados/aliables;
- y, justamente, acuerdos que pueden implicar incluso la esfera de la formación del gobierno.

De modo que es justo concluir que los sistemas mayoritarios a segunda vuelta ofrecen grandes oportunidades políticas, dependiendo de su "diseño". Pueden imaginarse muchas fórmulas fantasiosas para el paso de los candidatos a la segunda vuelta con tal que queden claras las consecuencias deseadas y sus implicaciones. Por ejemplo, para favorecer una mejor representación de los distintos colegios uninominales y por lo tanto también una mayor participación electoral, ya que, a veces, la segunda vuelta corre el riesgo de deprimir/desalentar la participación de los electores que quedaron sin el candidato/candidatos preferidos para la segunda vuelta, es posible establecer que accedan a la segunda vuelta todos aquellos candidatos que participan con sus porcentajes de votos para conseguir al menos el 80 (85-90) por ciento de los votos expresados. O bien también se podría permitir a los cuatro primeros ubicados que pasen a la segunda vuelta, pres-

cindiendo de los porcentajes de voto obtenidos en la primera vuelta, y confiando al libre juego de las alianzas la oferta concretamente hecha a los electores que, a pesar de las catastróficas previsiones de algunos comentaristas mal informados, siempre resultan capaces de adquirir la información necesaria para expresar un voto consecuente y deseado. El sistema electoral a segunda vuelta adoptado por la Quinta República francesa contempla de manera más simple y, en cierto sentido, menos manipulable y más neutral, una cláusula porcentual para el acceso a la segunda vuelta, que antes de 1958 estaba fijada en el cinco por ciento de los electores, y que después, en 1967, pasó al 10 por ciento de los derecho habientes y que finalmente llegó al actual 12,5 por ciento de los derecho habientes al voto. Es una cláusula más bien elevada que por un lado apunta a impedir y castigar la fragmentación de los partidos, y por el otro a alentar y, eventualmente, a premiar la unión/acuerdo entre los partidos.

El test que prueba la existencia y, lo que más importa, la práctica del voto estratégico en el sistema francés a segunda vuelta, está dado, según muchos analistas, por el éxito del voto en las elecciones parlamentarias de marzo de 1978. Claramente mayoritaria en las intenciones de voto, 53,3 por ciento en todos los sondeos, a pesar de eso la izquierda francesa consiguió perder la elecciones ya que una parte pequeña, pero decisiva, de los electores, que de todos modos hubieran preferido un gobierno de izquierda, decidieron abstenerse o bien votar por los candidatos de centro-derecha cuando fue claro que, habiendo los comunistas roto el pacto relativo al Programa Común con los socialistas, la coalición de izquierda no habría garantizado un gobierno políticamente estable y eficaz en sus decisiones (datos y valoraciones pueden encontrarse en los capítulos de Jaffré y Lavau y Mossuz-Lavau en Panniman 1980). En este caso el voto estratégico apuntó verdaderamente hacia delante, a las consecuencias de la rotura en las izquierdas; se caracterizó, en cierto sentido, como racionalmente perspectivo. Por otra parte, que el electorado de izquierda ya fuese mayoría, solamente en espera de una indicación convincente de gobierno común entre socialistas y comunistas, es considerado y refutado con claridad en las elecciones presidenciales de mayo de 1981: victoria del socialista François Mitterrand, y en las legislativas de junio de 1981: victoria de la formación de las izquierdas a este punto realmente candidateadas para gobernar juntas bajo la coordinación y la conducción del Presidente Mitterrand.

Algunos efectos de la segunda vuelta francesa

En su conjunto, lo que cuenta es que esta segunda vuelta francesa utilizada para la elección de la Asamblea Nacional permite, facilita, alienta de una manera muy significativa e incisiva:

- tanto el recurso al voto estratégico;
- como la coordinación efectuada por los dirigentes de partidos;
- como la formación de alianzas de gobierno (y de oposición), y, eventualmente, una sana competencia en su interior (como eficazmente lo ha relevado Tsebelis 1990, pp. 187-232).

A la luz de las modalidades en las que puede concretamente expresarse, podremos sostener que la segunda vuelta de tipo francesa contiene en sus mecanismos las primarias incorporadas. De hecho, en la primera vuelta el elector puede votar sinceramente por el candidato que prefiere. Su voto puede ser, y a menudo efectivamente lo es, tomado en consideración, justamente como si se tratase de elecciones primarias, para resolver eventuales problemas de candidaturas contrapuestas dentro de las distintas formaciones. En la segunda vuelta el voto decide y es utilizado por el elector, si ha desaparecido su candidato preferido, a lo mejor por una disidencia acordada y declarada, eventualmente también de manera estratégica: hacer ganar, de todos modos, a la formación preferida también votando por el candidato menos malo (con mayor razón si no existen coaliciones preconfeccionadas y estables). El efecto general en el sistema de partidos francés a segunda vuelta con cláusula de acceso a la segunda vuelta, durante casi treinta años consistió, como ha notado oportunamente el politólogo Maurice Duverger (1986), en la formación de una *quadrille bipolaire*; dos partidos (gaullistas y giscardianos), aliados entre ellos y bastante equilibrados en la centro-derecha, y dos partidos (socialistas y comunistas) que deben aliarse, pero menos equilibrados, en la izquierda. En realidad, para analizar a los partidos franceses según su importancia, resulta más útil el criterio de Sartori: importan los partidos que poseen potencial de coalición o bien de chantaje. Entonces, en el centro-izquierda también importan y debemos tener en cuenta a los Verdes-Ecologistas, cuya negativa a aceptar coaliciones preventivas y renuncias expresas ha hecho perder a la izquierda, de manera clamorosa, las elecciones legislativas de 1993, y cuya presencia en la coalición de izquierda es indispensable para ganar, y los radicales, mientras que en el centro-derecha importa también el Front National, incluso después de la escisión provocada por Bruno Mégret, ya que poseyó y ejerció un notable

potencial de chantaje sobre los gaullistas y los giscardianos hasta hacerles perder las elecciones legislativas de 1997.

Tanto el comportamiento del Front National como el de los Verdes franceses se incluyen de manera apropiada en el análisis del voto sincero/voto estratégico y en la coordinación procurada por los dirigentes de partido. De hecho, en el primer caso, habiendo superado los candidatos del Front National el umbral de acceso a la segunda vuelta en alrededor de un centenar de las 577 circunscripciones francesas, su simple "insistencia" en la candidatura a la segunda vuelta en 76 circunscripciones permitió la victoria de los candidatos de la izquierda en 49 circunscripciones, condenando a la derrota a la coalición de centro-derecha. La coalición de izquierda está seguramente más lejos de los intereses y las preferencias de los electores del Front National de lo que lo están los gaullistas-giscardianos, pero con los primeros indefectiblemente opuestos a cualquier acuerdo con la extrema derecha, que es el sentido profundo de la "disciplina republicana": ningún acuerdo con la derecha "fascista". El comportamiento de los electores de la extrema derecha, invitado por su líder Jean-Marie Le Pen a no votar por los gaullistas-giscardianos, debe ser interpretado como una coordinación estratégica. Efectivamente, si los electores del Front National hubiesen expresado un voto sincero, entonces habrían elegido, al menos en ocho casos sobre diez, al candidato de centro-derecha. En cambio, queriendo obtener el reconocimiento de su importancia para el centro-derecha, insisten en votar por su candidato, que no tiene posibilidades de victoria y persiguen de este modo dos objetivos estratégicos de larga data: cambiar las políticas y los equilibrios de poder en el centro-derecha. En cuanto a los Verdes, en 1993 la sobrestimación de su fuerza electoral los indujo a presentar candidatos en todas las circunscripciones sin ninguna coordinación con los socialistas y los comunistas. La falta de coordinación a nivel de dirigentes, más el voto sincero por cada uno de los propios partidos, a ese punto casi obligado, de todos los electores de izquierda, a los cuales no se les habían ofrecido alternativas estratégicas, llevó a una clamorosa dispersión del voto de izquierda y en muchas circunscripciones, cerca de un centenar, impidió el paso a la segunda vuelta de un candidato cualquiera de la izquierda. El efecto fue la más clamorosa derrota electoral de la izquierda en Francia desde el nacimiento de la Quinta República.

Estas observaciones sirven para una interpretación-previsión del comportamiento de los electores acerca de cuyas propensiones sabemos mucho y que son cuidadosamente tenidas en cuenta por los dirigentes tanto del centro-derecha como de la izquierda. Efectivamente, en muchas cir-

cunscripciones la victoria y la derrota de un candidato respecto a otro pueden ser determinadas justamente por la elección del candidato que permanece en pugna. Veamos más de cerca este aspecto. En las elecciones parlamentarias de 1993 habían quedado en pugna en la segunda vuelta, después de oportunas desistencias, dos ecologistas, 43 comunistas, 319 socialistas, mientras que en tres circunscripciones había pasado el único candidato socialista (Quaderni dell'Osservatorio Elettorale 39, 117-122). Teniendo en cuenta las victorias en la primera vuelta de los candidatos de centro-derecha en 80 colegios, en 130 colegios la izquierda no obtuvo ningún candidato para la segunda vuelta y conquistó apenas 91 bancas, mientras que el Front National contó con 100 representantes propios en la segunda vuelta, pero con uno solo elegido. En junio de 2002 el resultado de las elecciones parlamentarias que tuvieron lugar inmediatamente después de las elecciones presidenciales (abril-mayo) fue relativamente mejor para la izquierda: en total, 178 electos, de los cuales 141 eran socialistas, 21 comunistas. Siete radicales de izquierda, tres verdes y ocho sin específica afiliación a un partido. El voto estratégico descendió a uno de sus niveles más bajos, ya que el derrumbe del Front National en la primera vuelta (de 132 candidatos más allá del umbral del 12,5 por ciento en 1997 a apenas 37 en 2002) permitió su uso contra la formación al amparo de Chirac (UPM, Union pour la Majorité Présidentielle) a pocos electores de derecha. Luego de esta consideración, no debe quedar ninguna duda acerca de que la segunda vuelta, cualquiera sea ésta, facilita e incluso alienta el ejercicio del voto estratégico. Por lo tanto es un recurso verdadero (en las mentes y) en las manos de hábiles dirigentes de partido, pero también y en especial modo de electores informados y competentes.

El voto estratégico en Italia después de 1993

Se ha visto cómo el sistema electoral de representación proporcional utilizado en Italia hasta 1993 no ofreció más que un número limitado de ocasiones en las que el elector fuese puesto en condición de expresar un voto estratégico. Esta observación no implica que los electores italianos no cambiaran de comportamiento electoral. En distintas cantidades, siempre lo han hecho, pero en la medida de lo posible, es decir, esencialmente en el pasaje de una consulta electoral a otra, y, naturalmente, no sólo a nivel nacional, sino también local. Pero si son el voto doble, aún expresado en una única boleta, es la segunda vuelta la que hace posible y fácil el comportamiento electoral estratégico, entonces, con la reforma de los

distintos sistemas electorales a partir de 1993, las oportunidades disponibles para los electores italianos de expresar este tipo de voto crecieron de manera enorme. Dejando de lado los sistemas para elegir intendentes y gobernadores de provincia, de los que ya se ha hablado, en los que, por otra parte, el elector puede recurrir al voto dividido (*split ticket*), votando incluso al candidato intendente de una formación y el partido de otra, el voto estratégico parece encontrar su razón de ser sobre todo en las elecciones para la Cámara de Diputados. Entendido como comportamiento que elige el candidato de un partido, pero que después converge en un partido distinto, en la misma coalición o bien fuera de ella, el voto dividido puede caracterizarse o no como voto estratégico. Lo es, por ejemplo, si el elector decide que prefiere un cierto candidato como intendente, pero no desea que éste tenga una mayoría conspicua en el consejo comunal. Entonces vota por uno de los partidos de la coalición opuesta que apoya a otro candidato. Dos elementos impiden definir estratégico a este comportamiento, seguramente existente. En primer lugar difícilmente el elector "controla" en medida significativa el resultado de su voto, que resulta, en cambio, muy aleatorio. En segundo lugar muy raramente los partidos invitan a sus electores a comportamientos de este tipo, prefiriendo discutir entre bastidores antes que arriesgar una prueba de fuerza. De todos modos el punto a tener en cuenta es que el voto dividido no es automáticamente asimilable al voto estratégico. El voto estratégico implica a menudo un voto dividido, pero el voto dividido raramente es también un voto estratégico.

Las modalidades con las que se ha diseñado el nuevo sistema electoral para la Cámara de Diputados, conocido como *Mattarellum*, seguramente no tenían como objetivo primario favorecer el ejercicio del voto estratégico, del que los dirigentes de los partidos italianos, prefiriendo el voto de "identidad", desconfían profundamente. En síntesis, en el actual sistema electoral italiano el elector dispone de dos votos que puede expresar en dos boletas distintas. Con la primera boleta elige al candidato en el colegio uninominal. Gana la banca quien obtiene más votos. Con la segunda boleta vota por un partido cuyo símbolo está presente en la boleta llamada proporcional. Los votos obtenidos por los partidos por esta boleta se computan a fin de atribuir un cuarto de las bancas con repartición/recuperación proporcional, siempre que el partido en cuestión haya obtenido al menos el cuatro por ciento de los votos a escala nacional (para profundizar y para útiles detalles ver Katz 1994; y Pasquino 2002, pp. 81-90). Los dos objetivos principales de la fórmula electoral elegida para esta segunda repartición de las bancas obtenidas —en perjuicio de otros,

preferibles y, probablemente, más importantes objetivos, por ejemplo, un explícito voto del elector para la investidura de gobierno— eran:

1. redimensionar el efecto mayoritario de las circunscripciones uninominales a través de las modalidades de recuperación proporcional;
2. permitir a los partidos mantener sus símbolos y, en la medida de lo posible, salvar, gracias a la boleta proporcional, las bancas de sus dirigentes.

Ser el que encabeza la lista de una boleta proporcional significó para los candidatos, en el noventa por ciento de los casos, garantía de elección segura. En cierto sentido el hecho de tener dos votos en boletas separadas parecería indicar mayor poder para el elector y también mayores oportunidades de recurrir a un voto estratégico. En cambio, la segunda boleta, la del voto a los partidos, en realidad esencialmente útil para garantizar bancas y elecciones seguras a los hombres poderosos y a las mujeres que se hacen captar, no se prestó a un voto estratégico. Los partidos tienen todo el interés dirigido en hacer converger votos, presumiblemente casi totalmente sinceros, al símbolo que los identifica. Ninguno de ellos, entonces, coordina un voto estratégico a favor de una lista aliada porque las bancas no conquistadas por esta lista presumiblemente terminarían, al menos en parte, siendo ganadas por los aliados más cercanos. Por ejemplo, en las elecciones políticas del 13 de mayo de 2001 tres listas de cierta relevancia no superaron el umbral del 4 por ciento: Democrazia Europea de Sergio D'Antoni (2,4 %); L'Italia dei Valori de Antonio di Pietro (3,9 %) y la Lega Nord de Umberto Bossi (3,9 %). El eventual estímulo de los dirigentes de Forza Italia para que una parte de sus electores votasen a la Lega Nord habría sido suficiente para producir esos 50 mil votos para hacerles superar el umbral de cuatro por ciento. Al error de cálculo, comprensible, porque pocos esperaban un resultado tan desilusionador para la Lega, se agregó el obvio cálculo, justo esta vez, de que las bancas proporcionales perdidas por la Lega habrían sido ampliamente ganadas por Forza Italia. En ruptura con El Olivo, Di Pietro no podía esperar regalos de los partidos/partiditos de centro-izquierda. Esos 60-70 mil votos que le faltaron a su Italia dei Valori habrían pesado sobre las bancas proporcionales obtenidas por los otros partidos, no sólo de centro-izquierda, de modo que, en este caso, se puede conjeturar que para la coalición del Olivo en su conjunto el saldo habría sido positivo. En cuanto a D'Antoni, habiendo declarado que “ni de aquí ni de allá”, no podía esperar ser ayudado en su opción “no-estratégica” y, presuntuosamente, pensaba que no la necesitaba.

El dato más significativo del resultado numérico del voto tanto en 1996 como en 2001 es que la suma de los votos conseguidos por los candidatos del Olivo en los colegios uninominales es consistentemente superior a la de los votos proporcionales obtenidos por las listas de los partidos del Olivo. El desarrollo de la Casa delle Libertà y sus partidos es exactamente el opuesto, como se ve en la Tabla 2.3. Cualquier consideración que quiera hacerse respecto a estos interesantes datos debe partir de la simple constatación de que un número muy conspicuo de electores italianos hace uso del voto dividido. ¿Es también un voto estratégico? ¿Y en qué medida? Lamentablemente no disponemos de información suficiente para dar una respuesta segura y no controvertible. Pero es posible formular dos consideraciones de carácter general. La primera es que, por un lado, los mecanismos del sistema electoral italiano permiten y, en cierta medida, facilitan el voto dividido, pero no favorecen a esos dirigentes de partido que quisieran orientarlo y coordinarlo. Y además ninguno de los dirigentes de partido, salvo, en parte, los dirigentes del Olivo en 1996 y Bertinotti en 2001, ha desarrollado esta tarea técnica y política de coordinación. Efectivamente, en 1996 los pactos de abstención entre El Olivo y Bertinotti se establecieron de tal modo que los electores del Olivo encontraron en algunos colegios sólo los candidatos de Rifondazione, así como en muchos casos los electores de Rifondazione sólo encontraron a los candidatos del Olivo. La coordinación había tenido lugar, por decirlo así, inútilmente, pero no eran estos los casos en que se podía hablar correctamente de voto dividido. A lo sumo fueron comportamientos y votos estratégicos.

Tabla 2.3 Voto mayoritario y voto proporcional para las coaliciones italianas.

	1996		2001	
	mayoritario	proporcional	mayoritario	proporcional
Olivo	15.762.460	13.054.973	16.309.656	13.203.432
(+ Rifondazione)	(1.000.244)	16.762.704	16.270.935	15.072.091
Polo*/Casa della Libertà	15.027.275	15.780.752	16.938.532	18.425.163
(Lega Nord)	(4.038.511)	(3.777.786)		(1.461.854)

* En 1996 la Lega Nord no estaba en Polo della Libertà.

En el 2001 Rifondazione Comunista renunció a presentar candidatos en los colegios uninominales de la Cámara, donde no tenía ninguna probabilidad de ganar, presentando solamente sus propias listas propor-

cionales. De esta operación, políticamente sabia, sacaron ventaja tanto los candidatos uninominales del Olivo como las listas proporcionales de Rifondazione. Los primeros pudieron "llenar el tanque" de su electorado de centro e izquierda; las segundas no debieron pagar el precio de ninguna división de votos. Para aproximadamente un millón de electores, el voto dividido fue simplemente la consecuencia lógica de los acuerdos implícitamente alcanzados entre El Olivo y Bertinotti. Sin embargo, lo que interesa es suministrar una explicación al curso deforme del voto en los colegios uninominales por los candidatos del Olivo y del voto proporcional por los partidos que componen El Olivo. Los propagandistas del Olivo, pretendida coalición electoral y política, hablan de ello como si el símbolo del Olivo fuese un "valor agregado": los electores piden unidad. Pero existe una posible y menos lisonjera explicación alternativa. Las listas que representan los partidos del Olivo en muchas zonas del país no tienen ninguna influencia, ninguna presencia, ninguna capacidad de hacer política y de atraer votos. Los electores saben que quieren votar por el/la candidato/a del Olivo; pero muchos de ellos no tienen incentivos y razones para votar también listas de partidos evanescentes cuyos dirigentes ni siquiera se hacen ver y, cuando se hacen ver y oír, están en conflicto con ellos mismos. En síntesis, esos muchos componentes de partido unidos en el Olivo constituyen más bien un "valor sustraído" respecto a las potencialidades del Olivo, sustraído también a causa de los persistentes conflictos propios de esos mismos partidos que, inexistentes independientemente, no consiguen atraer electores cuyos votos van al/la candidato/a del Olivo.

Por el contrario, en el ámbito de la Casa delle Libertà, Alianza Nazionale siempre tuvo influencia a nivel territorial, en parte extendido en estos años de éxitos. La Lega es un partido territorial por excelencia. El Biancofiore (CCD-CDU) puede influir en áreas de presencia católica organizada a su favor. Elección tras elección, además de heredar una parte conspicua del consenso entre la DC y el PSI y quien hacía política y campañas electorales por estos dos partidos, Forza Italia conquistó votos, bancas y cargos que se volvieron su amplia red de presencia nacional. También podría ser que esos conflictos de vértices que el presidente Berlusconi consigue enmascarar detrás de su dominante figura nacional resurja a nivel local donde algunos electores de la Lega no votan al candidato ex democristiano y tampoco al ex fascista y algunos electores de Alianza Nazionale pagan a los candidatos de la Lega con la misma moneda. El voto dividido señala que las coaliciones y, especialmente, el sistema de partidos, aún no están consolidados, pero sobre todo que el elec-

torado, en la medida de lo posible, sigue valorando las elecciones: candidatos, coaliciones, partidos, liderazgos (ITANES 2001). Y cuando el electorado “valora” y cambia su opción de voto es un signo de vitalidad de al menos una parte de la ciudadanía, pero justamente de esa parte que, más interesada y mejor informada con sus desplazamientos y sus votos divididos, contribuye poderosamente a producir ese mecanismo crucial de renovación del sistema político que es la alternancia al gobierno.

Para concluir y pasar a otra cosa

En este capítulo hemos explorado las condiciones que en los distintos sistemas políticos y con distintos sistemas electorales permiten a los electores hacer uso no sólo de un voto sincero, por el candidato preferido, sino también de un voto estratégico, por el candidato menos malo que pueda desbaratar la victoria del candidato que no sea desea ver elegido. También se ha visto que una parte conspicua del voto estratégico es sugerida, indicada y coordinada por los dirigentes de partidos, con la perspectiva de dar vida a coaliciones de gobierno. Sólo nos queda sacar algunas conclusiones generales.

- La primera es que, de algún modo, todos los sistemas electorales permiten a los electores votar también de manera estratégica, y a los dirigentes de partidos más capaces de orientar este voto estratégico.
- La segunda conclusión es que algunos sistemas electorales, por ejemplo la segunda vuelta de tipo francesa, y, en medida apenas inferior, el sistema proporcional alemán, gracias al voto doble, abren mayores oportunidades para el recurso al voto estratégico.
- La tercera conclusión es que el voto estratégico asume una importancia crucial tanto impulsando la formación de coaliciones electorales que aspiran a conquistar el gobierno, como estimulando la presentación a la opinión pública de esas coaliciones electorales que prometen transformarse en compañeros de gobierno.

Naturalmente, las modalidades de formación, de funcionamiento, de persistencia y disolución de los gobiernos en los sistemas políticos democráticos son múltiples. En el próximo capítulo se ofrecerá tanto una panorámica general como la individualización de algunas particularidades significativas.

Referencias bibliográficas

- Baldini, G., Corbetta, P y Vasallo, S. (2000) *La sconfitta inattesa. Come e perché la sinistra ha perso a Bologna*, Bologna, Il Mulino.
- Bawn, K. (1999a) *Strategic Voting in an Old and a New Democracy: An Analysis of the 1998 German Elections*, informe presentado en el encuentro anual de la Midwest Political Science Association, Chicago, 15-17 de abril.
- Bawn, K. (1999b) *Voter Responses to Electoral Complexity: Ticket Splitting, Rational Voters and Representation in the Federal Republic of Germany*, en "British Journal of Political Science", vol. 29, pp. 487-505.
- Bréchon, P. (editor) (2002) *Les élections présidentielles en France*, Paris, Les Etudes de la Documentation Française.
- Caciagli, M., y Spreafico, A. (editores) (1975) *Un sistema politico alla prova. Studi sulle elezioni politiche italiane del 1972*, Bologna, Il Mulino.
- Campbell, P. (1965) *French Electoral Systems and Elections since 1789*, Hamden, CT, Archon Books.
- Campbell, A., Converse, P.E., Miller, W.E. y Stokes, D.E. (1966) *Elections and the Political Order*, Nueva York, Wiley.
- Campus, D. y Pasquino, G. (2000) *How to lose a mayor: the case of Bologna*, en "Journal of Modern Italian Studies", vol. 5 (Spring), pp. 22-35.
- Capoccia, G. (2001) *Rappresentanza proporzionale ed elezione uninominale. Un'analisi del sistema elettorale tedesco*, en "Quaderni di Scienza Politica", VIII (aprile), pp. 99-163.
- Cole, A. y Campbell, P. (1989) *French Electoral Systems and Elections since 1789*, Aldershot, Gower.
- Corbetta, P., Parisi, A.M.L. y Schadee, H.M.A. (1988) *Elezioni in Italia. Struttura e tipologia delle consultazioni politiche*, Bologna, Il Mulino.
- Cox, G.W. (1997) *Making Votes Count. Strategic Coordination in the World's Electoral Systems*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Duverger, M. (1961) *I partiti politici*, Milán, Comunità.
- Duverger, M. (1986) *Le système politique français*, Paris, Presses Universitaires de France.
- Fiorina, M. (1981) *Retrospective Voting in American National Elections*, New Haven & London, Yale University Press.
- ITANES (2001) *Perché ha vinto la centro-destra*, Bologna, Il Mulino.
- Jesse, E. (1988) *Split-Voting in the Federal Republic of Germany: An Analysis of the Federal Elections from 1953 to 1987*, en "Electoral Studies", vol. 7, pp. 109-124.
- Kaase, M. (1984) *Personalized Proportional Representation: The "Model" of the West German System*, en A. Lijphart y B. Grofman (editores), *Choosing an Electoral System. Issues and Alternatives*, Nueva York, Praeger, pp. 155-164.
- Katz, R.S. (1994) *Le nuove leggi per l'elezione del Parlamento*, en C. Mershon y G. Pasquino (editores), *Politica in Italia. I fatti e le interpretazioni. Edizione 94*, Bologna, Il Mulino, pp. 161-186.

- Klingemann, H.-D. y Wessels, B. (2001) *The Political Consequences of Germany's Mixed-Member System: Personalization at the Grass Roots*, en Shugart y Wattenberg, pp. 279-296.
- Lijphart, A. (1994) *Electoral Systems and Party Systems: A Study of Twenty-Seven Democracies, 1945-1990*, Nueva York, Oxford University Press.
- Parisi, A.M.L. (1995) *Appartenenza, opinione e scambio*, en A.M.L. Parisi y H.M.A. Schadee (a dura de), *Sulla soglia del cambiamento. Elettori e partiti alla fine della prima Repubblica*, Bologna, Il Mulino, pp. 359-392.
- Parisi, A.M.L. y Pasquino, G. (1977) *Relazioni partiti-elettori e tipi di voto*, en A.M.L. Parisi y G. Pasquino (editores), *Continuità e mutamento elettorale in Italia. Le elezioni del 20 giugno 1976 e il sistema politico italiano*, Bologna, Il Mulino, pp. 215-249.
- Pasquino, G. (2002) *Il sistema politico italiano. Autorità, Istituzioni, Società*, Bologna, Bonomia University Press.
- Penniman, H.R. (editor) (1980), *The French National Assembly Elections of 1978*, Washington D.C., American Enterprise Institute.
- Scarow, S.E. (2001), *The Mixed-Member System as a Political Compromise*, en Shugart y Wattenberg, pp. 55-69.
- Schlesinger, J.A. y Schlesinger, M.S. (1998) *Dual-Ballot Elections and Political Parties: The French Presidential Election of 1995*, en "Comparative Political Studies", vol. 31 (February), pp. 72-97.
- Shugart, M.S. y Wattenberg, M.P. (editores) (2001) *Mixed-Member Electoral Systems. The Best of Both Worlds?*, Oxford, Oxford University Press.
- Torrens, X. (1996) *Los sistemas electorales*, en M. Caminal Badia (editor), *Manual de Ciencia Política*, Madrid, Tecnos, pp. 341-369.
- Tsebelis, G. (1990) *Nested Games. Rational Choice in Comparative Politics*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press.

